

LA GUERRA SOBRE EL MAR

El poder aéreo, clave de la victoria

Por "STRATEGICUS", Crítico militar del ARMY AND NAVY JOURNAL

Altamente revelador es el siguiente trabajo, extractado de "The Boston Globe". Tal vez sea esta la primera vez en que un especialista militar en Estados Unidos cierre tan resueltamente a favor de la fuerza aérea como factor esencial del dominio de los mares. El autor, en efecto, ha captado del modo más certero las enseñanzas de la guerra presente.

Una de las enseñanzas capitales de la presente guerra es que el poderío naval no se cifra ya sólo en los acorazados. Estos, sin los aviones, poco valen hoy en día. Poderío aéreo es sinónimo de poderío naval.

Si los Estados Unidos reconocen este hecho y a él atemperan su estrategia, les será relativamente fácil ganar la guerra, pues tienen todos los elementos necesarios para obtener una superioridad aérea abrumadora.

En un solo mes de campaña en el Pacífico, la destrucción de buques de guerra ha alcanzado proporciones que no han tenido par en la historia de las guerras marítimas. Se han hundido más acorazados que en la batalla de Jutlandia, combate naval sin precedente en los tiempos modernos. Y todo ha sido obra de los aeroplanos.

Los aviones de guerra han puesto fuera de combate a gran número de acorazados, acaso a la quinta parte de todos los existentes en el mundo.

En 1940, Alemania, relativamente débil como potencia naval, logró, sin embargo, adueñarse de Noruega, venciendo la resistencia de la Escuadra más poderosa del mundo. Bajo la protección de sus fuerzas aéreas, muy superiores a las inglesas, los alemanes pudieron transportar miles de soldados por el mar del Norte.

El 12 de noviembre del mismo año, los aviones torpederos ingleses echaron a pique, o inutilizaron, tres acorazados en Tarento. El 10 de enero de 1941, los aviones alemanes e italianos hundieron al crucero inglés "Southampton" en el Mediterráneo oriental y averiaron al portaviones "Illustrious" y al acorazado "Malaya". El 27 de mayo del mismo año, los aviones torpederos ingleses causaron daños tan graves al acorazado alemán "Bismarck", que un crucero pudo hundirlo después sin gran dificultad.

Por último, en vista de las tragedias recientes de Pearl Harbour y Malasia, ningún perito militar se atreve a negar la superioridad del avión sobre el acorazado.

El buque de guerra no puede operar eficazmente sin una fuerza aérea que lo proteja. Todas las censuras que los ingleses dirigen a la campaña actual de Malaca se fundan en el hecho de que las fuerzas aéreas de Singapur no protegieron a los buques de línea "Prince of Wales" y "Repubse", y atribuyen a esta circunstancia la pérdida de estos dos barcos y los desastres subsiguientes. El que se inculpe de eso a la Aviación y no a los buques mismos, es prueba elocuente

de que en el poderío naval el aeroplano es hoy factor más importante que el acorazado.

¿Qué efecto tendrá en los Estados Unidos esta revolución en la guerra naval? ¿Hay motivo para que se alarmen y desalienten? No; por el contrario. El Japón, con el mismo éxito de sus fuerzas aéreas, ha abierto los ojos a los norteamericanos. Los japoneses no tienen los recursos ni el genio mecánico de los norteamericanos.

Mediante esa enorme capacidad, la Flota aérea de los Estados Unidos sobrepasará a la japonesa en 1943. Sin embargo, la superioridad numérica por sí sola no bastará, pues el Japón goza de grandes ventajas geográficas. Tiene, por decirlo así, cien "portaviones insubmersibles" en el Pacífico occidental: las islas Carolinas y las Marianas, situadas entre Hawai y las Filipinas. Estas bases aéreas, más que su escuadra, le han dado el dominio de las aguas de Asia. Por desgracia, el número de portaviones que los Estados Unidos han podido hasta ahora lanzar contra tales bases ha sido lamentablemente pequeño.

Pero si los Estados Unidos y la Gran Bretaña logran conservar a Australia y la India como bases para sus aviones, su superioridad aérea, que hoy es sólo potencial, se hará sentir en breve de un modo efectivo. De aquellas bases, las fuerzas aéreas aliadas avanzarían victoriosas a las Filipinas, luego a Formosa y finalmente al corazón del propio Imperio japonés, el que no tardaría en recibir golpes más fuertes y debeladores que los de Pearl Harbour.

El Almirante Mahan sostuvo la tesis de que en la guerra el triunfo es de la nación que domine los mares, tesis tan válida hoy como cuando la enunció, en 1890. Mahan, sin embargo, no conocía más elementos de poderío naval que los acorazados y cruceros. Hoy, después de lo ocurrido en Pearl Harbour, se reconoce que los factores determinantes del poderío marítimo son los aviones torpederos, los de bombardeo y los de combate. En adelante, ésas serán las armas ofensivas capitales de toda fuerza naval. Los acorazados, los cruceros, los destructores y los submarinos subsistirán únicamente como auxiliares y complemento de las fuerzas aéreas.

Tal es, en suma, la revolución que acaba de operarse en la guerra naval. Si los Estados Unidos se apresuran a utilizar esos nuevos elementos decisivos que en la guerra moderna juegan papel preponderante, no hay duda de que a la postre la victoria será de las naciones que luchan contra el totalitarismo.